

Eso no es DE BUENA EDUCACIÓN

Judith Castañeda Suari
Bibliotecaria en Profética, Casa de la Lectura, Puebla

DOSSIER: ROCK

Que para una señorita la antigua técnica del canto es lo más adecuado. Es lo mejor, lo correcto. Amoldar voz y respiración a notas agudísimas, tan altas como para perturbar la dureza de un cristal. Ceñirse al recitativo, a las arias interpretadas, en presencia de una monarquía resplandeciente de pieles y joyería, por connotadas sopranos y mezzosopranos. Emular a estas excepcionales mujeres. Estudiar su vida, cada uno de sus pasos, como un complemento a las sesiones junto al piano, a las horas necesarias para hacer de la vocalización no un deber, sino una costumbre; un pozo del cual brote una melodía tan perfecta que sea posible, lógico, compararla con las propiedades de ciertos pozos diseminados en el desierto, de los cuales beben los pueblos nómadas para aliviar su sed.

Perfección de la intérprete, tanto en su instrumento como en su indumentaria. Eso dictan las reglas. La joven deberá preferir los terciopelos color vino, azul índigo o negro; los brocados más discretos; la decencia de un escote no muy pronunciado; y, si así lo desea, adornará su cuello o sus muñecas con diminutos accesorios, un dije, una esclava. De este modo, su figura se asemejará más a la de un lirio, a su fantasmagórica, etérea naturaleza; provocando, al mismo tiempo, que su canto parezca emerger no de la materia vulgar y mortal, sino de algo casi divino, de un espíritu, de un ángel anunciador de bienaventuranzas. Así debe ser, no de otra forma. Y si alguna opinión se aleja de este retrato, bástele pensar en lo disonante del croar de una rana bajo la cúpula donde Dios ofrece la punta de su divino índice al hombre, aliviando así la soledad de aquel ser mortal, de esa creatura nacida de su palma y de su aliento. ¿Posible es imaginar tal? No; una afrenta así no ha presenciado el arte, jamás la debida instrucción de las noveles aspirantes lo ha permitido.

Que en este punto es donde se encuentra la clave para evitar la contaminación de nuestra ortodoxia. En la férrea disciplina, en la rigidez del camino por donde han de transitar las almas. No importa si se trata de la creación artística, de las ciencias teológicas o de la filosofía natural. Tampoco si el campo es el de la alfabetización; de hecho este aspecto es el más importante, pues si ansiamos conservar lo sólido de cada estructura, es necesario comenzar desde la primera infancia de ser posible, porque en esos años tempranos la persona está más dispuesta y absorbe mejor la enseñanza, asimilándola de inmediato a su cotidiano actuar.

Que la cara oculta de dicha educación es lo que debe callarse porque es dañino para nuestro espíritu, porque sabiéndolo, perderían sentido esas huellas dibujadas por un antepasado y marcadas y remarcadas a fuerza de pasos a lo largo de más de cien generaciones. Y eso sería como si las catedrales, de pronto, perdieran hasta el último de sus bloques; como si sus paredes se desvanecieran sin más, en el aire, y las grandes capitales conservaran su fantasma para extrañarlas, para sentir cómo el alfiler de lo ido va clavándose por entero en sus cimientos.

Pero entonces, ¿cuál es la finalidad? Si repetimos lo ya repetido, ¿no vaciamos nuestros propios actos de significado, no plagiamos Doloresas y Flagelaciones con pinceles ajenos?, ¿no cantamos con el canto de las sopranos y los tenores de la antigüedad? Más de uno lo piensa, seguro se lo ha preguntado en soledad, pues nadie se atreve a hacerlo en los centros de instrucción, claro, y tampoco a mentores particulares. Quizás estos intérpretes se hayan soñado con otro cuerpo, la piel blanca si son morenos, rizos rubios si su cabello oscuro tiende a lacio. Y al despertar, habrán tenido la sensación de apartar unas mantas extrañas, de levantarse y mirar otras paredes, o el presentimiento de no encontrar su nombre en el documento de identidad que muestran en las aduanas y cuando tramitan una constancia de no delitos contra el espíritu en la ventanilla correspondiente.

¿Cómo puede remediarse esto? El más seguro de los caminos, dicen, consiste en ignorar las pesadillas y las dudas, en adormecerse y asentir con la cabeza para no levantar sospechas, en asimilar y seguir paso a paso las enseñanzas de los institutos, sea cual sea el perfil de cada uno de ellos; filosofía natural, ciencias teológicas, no importa. Se dice sí y se camina sobre las huellas tantas veces transitadas con el correr de los siglos. Sin embargo, hay otra opción. Una cuya cáscara es idéntica al conformismo y no sirve sino para ocultar un ánima de fuego. Entonces te olvidas de cualquier

ensayo, de si eres soprano o mezzosoprano, entonces gritar sin apegarse a la afinación es el resultado de las técnicas respiratorias.

¿Entonces?

Entonces resta elegir el mejor momento. Cuando te escuchen las principales orejas del país. Cuando tengas una intervención destacada dentro del programa. Cuando los demás aguarden la dulzura de un canto que pide el regreso de la esposa queridísima o añora un barco perdido de vista tres años atrás, barco del cual no hay noticias. A esta ocasión ayudará no sólo el escenario; el entorno deberá ser también el propicio. Y para elegirlo, piensas en el Recital de los Jardines de la Basílica, el de finales de primavera. Ese viernes retiran las mesitas, las sillas, los servicios de té, y colocan asientos de piel, uno junto al otro, hasta cubrir la totalidad del césped. Las bocinas llevan la voz de los intérpretes hasta más allá del enrejado, a las colonias cercanas donde, quienes no pueden costearse un lugar, oyen ese concierto cada año.

Para salir al escenario sin causar tanta extrañeza, puedes cubrirte con una capa negra, índigo o vino, como la etiqueta lo estipula. Debajo, el vestido de encaje blanco y mangas largas, simple, idéntico al de aquella a quien ninguna memoria debería conservar: la bruja calva, la que se atreviera a atentar contra la santísima persona del obispo de Roma rompiendo una fotografía suya en ese mismo recital.

Los instructores del Conservatorio la niegan. Es un mal cuento o una leyenda, dicen, jamás se matriculó, ni en ésta ni en otra de las instituciones dependientes de la Diócesis Estatal. Sin embargo, los alumnos saben de su delgadez, del cortísimo cabello apenas sombreando su cabeza, de lo pálido de sus pómulos y sus rasgos de muñeca. Era hermosa, ha asegurado alguien afuera de los vestidores, en el pasillo. No existió, pero de haber sido como aseguradas, el enemigo luce los más bellos ropajes para seducir, de sobra lo sabemos, ha sido la respuesta, siempre anterior a una expulsión, al citatorio para los padres o tutores del rebelde.

Por miedo a perder una carrera a la mitad o a punto de concluirse, la mayoría ha preferido dejar de creer que una bruja calva asistió hace poco más de un siglo al Conservatorio. Quizá sea en apariencia nada más. Pero hay quienes ni para fingir podrían hacerlo, no cuando en su ático guardan un pliego amarillo, casi ocre y a punto de desmaderarse, donde la bruja levanta la mirada entre dos familiares de casaca gris.

No, habiendo estudiado los párrafos que acompañan a la fotografía hasta memorizarlos, no podría negarse tal existencia. Ella nació, fue

al Conservatorio para aprender piano, historia de la música y composición. Los recitales de los Jardines de la Basílica sirvieron como un marco donde el cristal de su voz rozó más de un oído importante. Cardenales, obispos, altos funcionarios del Tribunal Subalterno. En sus primeras actuaciones la escucharon rogar furiosa cuando el príncipe ignoto resolvió los tres enigmas, y pedirle a su amado la ubicación de sus ejércitos.

Pero esa aparente normalidad debió durar poco. Cualquiera al ver su juventud en la nota del arresto lo sabría, como también sabría, ante la apenas legible caligrafía conservada junto al recorte de periódico, que el par de estrofas del último recital fueron resultado de una larga maduración asida en unas cuantas horas, en el temor de escribir párrafos huecos si pasaba más tiempo.

Ese trozo de papel, dicen, se encontró entre las mantas de una hermana muy pequeña. Sobrevivió por eso, porque los familiares profanarían la imagen de la Virgen y el Niño al registrar a una inocente acurrucada en los brazos de su madre. Porque muy pronto, el escrito pasó de aquellas ropas ralas a un diario marrón, al bolsillo oculto de dos o tres chaquetas viejas, al ático, donde ganó la estatura de reliquia, una profana, hecha no para recibir peregrinaciones sino como consuelo por el luto que significa ignorar la ubicación de una tumba, o de una mazmorra, lo cual es idéntico. Así vieron la nota la madre de la prisionera y aquella hermana, ya mayor, así llegó hasta un sobrino, hasta la niña de ahora, dueña del mismo nombre y los mismos ojos: Bernadette.

Pero al final, esto no es sino un centímetro de verdad diluido en el deseo de enaltecer una memoria, en la densidad de nuestra imaginación. Lo único sólido es, además de la nota informativa, el papel que soporta la letra de la pretendida bruja, la tinta escarlata memorizada porque puede estudiársele en la soledad del ático, en la madrugada, bajo la luz de una linterna de mano, porque más de una noche se ha entonado.

Con esta práctica pareciéramos recurrir a la copia inmemorial, al plagio; si lo pensamos bien, buscamos huellas viejas y caminamos sobre ellas. Pero no, no es así en esta ocasión, no debe serlo. Plagio no, una especie de engaño si se quiere, sincretismo a punto de descascararse y mostrar sus verdaderos rasgos. Considerando esto, no puede haber pesadillas, y Bernadette no soñará que es Bernadette rapada para denunciar, en el recital más importante, un crimen de lesa humanidad cometido por el más alto de nuestros dignatarios. No, Bernadette seguirá subiendo al ático, repitiendo los versos, repitiendo *Un dogma dictado con guante rojo que acrecentará el*

ejército de Dios, repitiendo los fieles cumplieron con grande arrojo, ni una sospecha sus almas enturbió, estrujando el periódico y la caligrafía con ambas manos. La mirada en la marca roja del calendario, a pocos días de distancia.

Luego esa carne escupida al mundo, esos productos del amor, llenaron tugurios de vómito, muy lejos de cualquier sitio arropador, dirá, palpándose los brazos. Y continuará siendo ella, y para confirmarlo repetirá con cada respiración su nombre, «Bernadette», el de la soprano debutante, la castaña, la becada de familia limpia, pues su apellido debió cambiarse luego de iniciado el proceso contra la bruja.

No hay duda, es la misma persona, o eso podría pensarse, porque el ático, o su silencio, o su contenido, han llenado sus ánimos, legándole el pasaje oculto de los niños nacidos en cumplimiento de un decreto y muertos luego de transfusiones defectuosas, por el hambre y el encierro, en los agujeros donde se les abandonó. Bernadette cree verlos a veces, en el rincón de la ropa sucia, cuando el quinqué del baño comienza a debilitarse. Parecen manchas de humedad, polvo, telarañas, pero son ellos.

La voz de aquella criminal sembró a esos menores no sólo en su propia casa, tan vieja, propensa a los cuentos de horror. Y así se levantan, miran con ojos lastimeros y extienden las manos sin encontrar el regazo a donde y desde donde se les arrojara. Y lloran, lloran mucho, siempre de zsuño, del temor de voltear hacia las vigas y encontrárselos, pues a los fantasmas pequeños les gusta jugar a enredarse en madera de pino o de roble.

Bernadette, la bruja, supo, sin importar cuán jugosas fueran las gratificaciones a los periódicos a fin de silenciarlos, o si las indulgencias concedidas a sus dueños podían limpiar de pecado incluso a hijos, nietos y bisnietos. Para ella no se hizo necesario leer nada porque fue una bebé sobreviviente, dice el mito, o bien porque ayudó a salvar a la hermana que ocultara sus versos entre las mantas. La neblina en el origen del manuscrito ha borroneado también el hecho que cimenta su composición. Pero al final, en vez de verse debilitado por semejante duda, el trozo de papel llegó hecho mármol a unas manos nacidas muchísimo tiempo después.

Aquí, en este palpar los restos ajenos, también se encuentra el miedo a convertirse en otra. Y ese temor se conjura no sólo aferrando los propios brazos o repitiendo «soy Bernadette, soy Bernadette», sino a base de tinta. Bernadette lo sabe y esboza un yo diferente con su mismo nombre. Una creatura, un golem. Así, de operarse la alquimia de las pesadillas, no será ella quien una mañana despierte con la cabeza calva, incomunicada

en el Tribunal Subalterno, a la espera de su traslado al Central. Pues no quiere eso, no quiere, antes de tiempo, visitar el encierro ni transcurrir los días de potro o las noches de la cuna de Judas. Le rompería la voz, atraería sospechas y el director del Conservatorio le impediría cantar el aria de la oriental que espera un barco y luego de ver humo en el horizonte, corre a esconderse a la colina para escuchar cómo su amado la busca.

Escribe entonces, sin reflexionar en la redacción, hasta el cansancio vierte en ese doble su propia biografía y pensamientos, las normas regentes del engranaje de la sociedad desde siempre. De este modo, la copia de tinta y papel ha de colmarse de ese modo, su creadora también se distrae del nerviosismo que atenaza el cuello de una debutante. Y puede imaginar, sin volverse loca, a los nacidos por un mandato del obispo de Roma, desechados a falta de recursos para mantenerlos y causantes de la mala fama de los servicios de salud pública y de las altas cifras en el censo poblacional de hace más de un siglo.

La Bernadette de papel también acabará viendo a esos niños, pues para ser una doble ha de pisar orfanatos tan polvosos que den ganas de llorar. Despojados de cualquier esperanza, tales lugares, tapiados, oscurísimos, la inducirán al vómito y a las lágrimas. Reptarán por su piel hasta volverla una columna de ceniza, ajena como ellos a la luz del sol, a los edificios construidos con cristales, al espectáculo naranja de los tulipanes originarios de los Nuevos Estados Pontificios. Los verá como Bernadette los ve, como los vio la bruja sentenciada en esta confusión de identidades. Y le nacerá una garganta. Y las ganas de gritar, de escupir notas iguales a martillazos que colmarán ese órgano de celulosa tal cual hicieron con su creadora desde la primera vez en el ático.

Mientras, Bernadette piensa en la actuación no pulida de la hermana mayor de su abuela. Breve, carente de acompañamiento. Muchos siglos antes hubo acordes adecuados a interpretaciones de esa calidad, mediocre, ínfima, según los estándares de la ópera. En el Conservatorio los mentores los califican de leyenda. Bajo, guitarra eléctrica, batería, conjunto de platillos dispuestos en semicírculo a fin de golpearse con algún objeto fino, inexistentes todos. Algo tan falso como los *castrati* aparecidos por obra y gracia de la Iglesia primitiva, a causa de la prohibición del eminentísimo San Pablo. Las mujeres debían guardar silencio en los santos recintos y después preguntar a sus esposos en privado, dijo, dicen y niegan a un tiempo en los diferentes colegios dependientes del Conservatorio. Jamás hubo ningún *castrato*, es una manera de manchar nuestra sombra inmaculada.

Sí existieron, pero sus mutilaciones se debieron a una malformación, a un accidente, a un tumor. Entonces nadie sabe si crear la leyenda de nuevo. Un poco de verdad, un mucho de mentira e imaginación, de comentarios en los pasillos, como ocurre con la canción desafinada de la bruja.

¿Ella habrá pensado en esto? Los *castrati*, los instrumentos musicales ajenos al clavecín de la Sinfónica Imperial, a los violines y al arpa, tan vulgares éstos, aquéllos tan etéreos, inexistentes, porque la voz femenina en un hombre no cabe ni en la ortodoxia ni dentro de la naturaleza... ¿En qué pensaría? ¿En una plegaria, en un breve ensayo frente al espejo de cuerpo entero del ático, en las horas previas a su grito?

No son buenas estas consideraciones, nos hacen volvernos al crucifijo, acogernos de todo corazón a la misericordia divina fomentada por el gobierno. Y tampoco es sano regresar una y otra vez a Bernadette. Debería ser como antes, llenar incontables páginas con las directrices que regulan nuestros días y comportamiento. Pero mi escritura corre sin gobierno y los dedos son capaces tan sólo de aferrarse al instrumento de grafito y seguirlo, como si fueran una sombra, meros espectadores de esa vuelta a la bruja calva, a sus palabras mitad soneto mitad verso libre. Debe ser esto a consecuencia del tiempo, de los círculos que muchas veces teje para al fin coincidir en un mismo punto. Debe ser también por Bernadette, la de ahora.

Sería agradable verla como al principio, ensayos y clases de composición y de arpa, repastos hasta noche para no perder su beca. Pero conforme nos acercamos al viernes nueve de diciembre, pasa más tiempo en el ático, de madrugada o a medio día, sube sin tomar en cuenta la presencia de los vecinos o la ronda diaria de familiares. Grita entonces, enronquece la voz; deja atrás a Butterfly para recordar a incontables niños de orfanato, quizás inventados por los opositores durante alguna de las campañas de la época a la gubernatura o a la presidencia. De sobra se sabe cómo actúan los políticos cuando está en juego un puesto de tal envergadura.

Ver a Bernadette inmersa en sus ocupaciones, libre de la inquietud de reprochar algo ya sin remedio, como yo... Así no se le habría metido el alma de la hermana mayor de su abuela, madre de mi esposo. Así podría pensar lo que yo pienso —si hemos de confundir identidades— y considerar la magnitud de los sobornos entregados por sus bisabuelos para evitar la excomunión. Las citas clandestinas con notarios y escribanos a fin de tener pronto una fe de bautismo con nombres nuevos. La mudanza a la capital. Los empleos donde las preguntas fueran pocas. Pero sobre todo, podría sentir mi propia preocupación, la que me lleva

a tejer rosarios inconexos en el reclinatorio para acallar el reclamo de Bernadette, hecho a nadie, vano incluso —o eso creo—, hace tanto que ya nadie recuerda nada, que los partidarios de la versión oficial hicieron de aquello una leyenda negra, un mito, como lo es la bruja calva. Como hoy, al escuchar del olvido y de la comparación con ratas, quisiera que fueran la nota del arresto y la reliquia con su letra, porque así podría haber negado su existencia y Bernadette no estaría en el ático, paso tras paso, acortando la distancia entre ella y la hoguera.

